

“*Quien quisiere venir conmigo...*” (EE 95, 1º) La configuración psicosocial de la identidad

Carlos Domínguez Morano

Un elemento esencial que Ignacio busca promover en la dinámica del ejercitante hay que situarlo, sin duda, en facilitar su identificación con la persona de Jesús. Es decir, en favorecer unos dinamisismos que, como la psicología nos ha demostrado, juegan siempre un papel fundamental en la construcción de toda personalidad. En este sentido, se podría pensar que la propuesta ignaciana cuenta con un recurso de primer orden en el psiquismo humano para favorecer ese objetivo de la identificación con Cristo.

Sin embargo, una aproximación en profundidad a los mecanismos que rigen la construcción de la identidad personal nos hacen ver que los modelos de identificación se ven muy condicionados por una serie de factores de orden sociocultural. De ahí, que hoy día se susciten algunas interrogaciones sobre las posibilidades de favorecer esa identificación con Cristo, teniendo en cuenta los paradigmas identificatorios que juegan de modo prevalente en nuestro entorno sociocultural posmoderno.

Más en particular cabe preguntarse si el modelo del Rey Temporal que Ignacio elige para favorecer la identificación con Jesús podría encontrar hoy un eco suficiente para favorecer dichos dinamisismos de identificación, o si la cultura posmoderna los viene a dificultar de alguna manera. Con ello, por otra parte, no estamos planteando la cuestión - más anecdótica, ciertamente- sobre si la figura sociopolítica del rey es la más adecuada para proponerla como modelo en unas sociedades democráticas. No se trata, como veremos, de una cuestión de simbología sociopolítica, sino de algo más hondo que tiene que ver con la cuestión de si la propuesta que realiza un líder -rey o de cualquier otro tipo- convocando a un proyecto utópico de carácter universal cuenta hoy con posibilidad de arrastre suficiente en los sujetos de nuestras sociedades avanzadas.

Para afrontar la cuestión será, pues, conveniente acercarse previa-

mente a los datos que la psicología nos ofrece sobre los mecanismos de identificación, los recursos que Ignacio pone en funcionamiento para propiciarla con la persona de Jesús y los problemas específicos que juegan en la actualidad en la construcción de las identidades personales. De ese modo se nos podrán iluminar las posibles disonancias antropológicas existentes hoy en orden a implementar la propuesta que Ignacio nos hace.

1. Los procesos de identificación como configuradores de la identidad personal.

La identificación, como concepto psicoanalítico, se define como un *proceso psicológico mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste*¹. De hecho, la personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones, en unos procesos que implican los niveles más profundos de la afectividad, gracias a los cuales nace, se estructura y configura el propio Yo. Es por tanto, mucho más que un aprendizaje, como proceso que concierne tan sólo a la adquisición de unas capacidades determinadas. En la identificación, un Yo se convierte en otro Yo y pasa a sentir y a comportarse del mismo modo que el segundo. Es, tal como lo ha formulado H. Kohut una *internalización transmutadora* que logra una nueva estructuración del sujeto².

Pero en orden a la clarificación que nos interesa en este estudio, tendríamos que tener en cuenta una diferenciación esclarecedora introducida después de Freud entre lo que sería una “identificación imaginaria” y una “identificación simbólica”. La primera de ellas, más primitiva, se lleva a cabo como elaboración de un “Yo Ideal”. La identificación simbólica, por el contrario, pasa por la constitución de un “Ideal del Yo”. Interesa diferenciar estas dos instancias de la personalidad.

El “Yo Ideal” hace referencia a un ideal narcisista de omnipotencia

Una diferenciación esclarecedora: existe una identificación imaginaria (con el Yo ideal) y otra simbólica (la del Ideal del yo)

¹ Cf. *Diccionario de Psicoanálisis*, de J. LAPLANCHE - J.B. PONTALIS, s.v. *identificación*.

² Cf. H. KOHUT, *La restauración del sí mismo*, Paidós, Buenos Aires 1980, 38.

que se alcanzaría por la unión, cuasi fusional, con un otro considerado con una grandeza sin límites³. Se trata de un proceso en el que se advierte la aspiración del sujeto a engrandecer su propio Yo, a idealizarse, por tanto, a sí mismo mediante la imagen del otro que hace suya y que, en nuestro caso, se correspondería con el de la persona de Jesús. De alguna manera el sujeto quedaría prendido a su propia imagen idealizada. El *imitar y parescer* de la “Tercera manera de Humildad” [167] o el “*como yo*” del Rey Temporal [93], podrían muy bien desembocar así en una trampa esencialmente narcisista. Frente a ese tipo de dinamismo, cabría establecer otro, más evolucionado que es el que vendría dado por la constitución de lo que en psicoanálisis se ha denominado “Ideal del Yo”.

En este tipo de dinamismo identificatorio no habría espejo, sino mediación. El sujeto no se ve referido exclusivamente a la imagen ideal de su Yo proyectado en el otro, sino que se refiere a un ideal que ya no es el mismo Yo, sino algo que a éste le sobrepasa. A diferencia de lo que ocurre con el “Yo Ideal”, en el “Ideal del Yo” el sujeto no se constituye ya como algo omnipotente, único y total, sino que se refiere a algo externo a él, a lo que, por lo demás, trata de acomodarse y conformarse.

Ese “Ideal del Yo” se instituye como un modelo interno al que el sujeto intentará ajustarse a lo largo de toda la vida. Un modelo que, a lo largo de las diversas etapas de la existencia, va siendo configurado por las particulares referencias de familia, de maestros y educadores en general, de personajes relevantes del entorno social, de amigos y compañeros admirados, de héroes de ficción o de personajes históricos de la propia tradición cultural. Todos ellos van a formar parte, en una medida u otra, y no siempre de modo consciente, de esa representación interna que motiva ese *yo quiero ser como...* que está en la base de todo proceso de constitución de la identidad personal.

Pero esa identidad personal que se va elaborando a partir de las diversas identificaciones no se construye como un mero precipitado de las mismas. Como muy bien señaló E. Erikson, cada sujeto va constituyendo una síntesis dinámica particular, resultante de un proceso de asimilación y de rechazo de esas identificaciones previas y de la interacción entre el desarrollo personal y las influencias sociales.

Todos vamos necesitando alcanzar una identidad personal que nos posibilite decir y decirnos a nosotros mismos “soy yo”, diferenciarnos de

³ Cf. D. LAGACHE, *La psychanalyse et la structure de la personnalité*, P.U.F, Paris 1958. Para Lacan, el “Yo Ideal” constituye también una formación narcisista que tendría su origen en la fase del espejo y que pertenece al registro de lo imaginario. Cf. J. D. NASIO, *Enseñanza de 7 conceptos cruciales del psicoanálisis*, Gedisa, Barcelona 1993, 133-178.

los otros y narrarnos, contarnos, ante esos otros para ser por ellos reconocidos y comprendidos. La identidad, por otra parte, constituye un dinamismo siempre vivo y activo, una especie de campo de fuerzas, de luchas, a veces de conflictos, en los que se va trenzando el carácter con la disciplina. Un proceso vivo, pues, que no se ve nunca concluido sino con la propia muerte.

La identidad, pues, en tanto proceso siempre inacabado, no se constituye desde una plena pasividad por parte del sujeto. Cuenta también como factor esencial el de la propia decisión en ir dando forma y estilo, “estilo personal”, a ese material que la vida ha ido configurando en cada uno. Construcción de sí mismo, pues, en la que articulamos nuestro querer, nuestra decisión y nuestra aspiración ideal con lo que a través de los otros se fue sedimentando en nuestro interior. Es adonde debe llegar el ejercitante cuando Ignacio le invita a decir: *Yo quiero y deseo y es my determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros...*[98] Voluntad, deseo y decisión que han de jugar, pues, como la firma personal con la que se rubrica las identificaciones que se fueron desarrollando en nosotros o, también, como la firma con la que negamos, con mayor o menor éxito, aquellas otras que en el pasado se fueron llevando a cabo en el interior de nuestra más íntima dinámica personal.

De este modo, resulta que la identidad es -como atinadamente lo expresó- Juan Rof Carballo- un concepto fronterizo, bifronte. Está en el límite de la psicología individual y la cultural, en la frontera que separa la más íntima biografía del ser humano y la historia que se va desplegando a su lado⁴. Por eso la identidad contiene la historia de la relación entre el individuo y su sociedad y de la forma particular de solución encontrada frente a sus problemas. Así pues, en ese “*Yo quiero ser como...*” de las identificaciones que nos van configurando a lo largo de toda la vida, tenemos, por una parte, el “*Yo quiero*” que habla de nuestra mismidad, y de otra parte el “*ser como...*”, que nos remite a esas figuras y representaciones modélicas que el propio sistema social nos brinda, nos sugiere, nos propone o, de alguna manera también, nos impone.

2. Identificación con Cristo.

Es ahí, en ese campo de fuerzas donde se va jugando permanentemente la identidad de cada uno, donde Ignacio pretende incidir con el

⁴ Cf. J. ROF CARBALLO, *Rebelión y futuro*, Taurus, Madrid 1979, 132.

“Quien quisiere venir conmigo...” (EE 95, 1°). La configuración psicosocial de la identidad

objeto de configurar al máximo posible la dinámica personal del ejercitante. Se trata esencialmente de provocar en el sujeto un proceso de íntima identificación con Jesús, de modo que de ella derive una transformación de la propia identidad y, desde ahí, dé lugar también a una dinámica de seguimiento en un proyecto histórico de carácter universal.

Las diversas contemplaciones de *los misterios de la vida de Christo nuestro Señor* [261-312] irán concretando, haciendo “carne” en el ejercitante el estilo de Jesús, introduciendo en él diferentes aspectos de su vida y programa, favoreciendo así una identificación que va transformando progresivamente la sensibilidad profunda del sujeto y le va preparando y *disponiendo* para su modo particular de elección y compromiso. Se trata, según se nos deja ver en la “Tercera manera de humildad”, de *imitar y parescer más actualmente a Christo* [167], se trata de configurar la propia vida conforme al estilo del Rey Eternal a quien se sigue: *Quien quisiere venir conmigo...*[95].

Tan sólo así, favoreciendo los procesos de identificación personal, y no mediante una mera elaboración cognitiva, es como se llevará a cabo el dinamismo de amor y seguimiento que Ignacio pretende propulsar en el ejercitante. Se trata de que éste se empape de esa vida, que siga los grandes momentos de su existencia, que los contemple una y otra vez, que los deje penetrar en su ánimo mediante las repeticiones y aplicaciones de sentido. Sólo así tendrá lugar ese sentir el pensamiento y pensar el sentimiento del que Unamuno nos hablaba y que es el único camino que puede favorecer la identificación⁵.

Sólo de ese modo se provocará la adhesión a Jesús, a su persona y a su proyecto. Porque (también esta cuestión es fundamental) no se trata de provocar en el ejercitante una mera vinculación afectiva, íntima y personal. Se trata de que esa vinculación desencadene una dinámica operativa de seguimiento en un proyecto histórico, en una misión concreta de lucha por la instauración del Reino de Dios, que el ejercitante ha de concretar en el momento central de la elección o en su reforma de vida. No es, por tanto, el seguimiento individualizado de un Jesús mítico en la búsqueda de una salvación meramente personal. Es llamada para una acción en un proyecto colectivo. Es un Rey quien

*Un proceso de íntima
identificación con
Jesús de la que deriva
una transformación de
la propia identidad*

⁵ Cf. M.A. RUI-WAMBA, “Los que más se querrán afectar. Apuntes para una teología ignaciana del corazón”: *Cuadernos de espiritualidad* 37, 9-30.

llama; símbolo, por tanto, de una colectividad en la que el ejercitante ha de sentirse inserto. Es un proyecto que mira a *todo el universo mundo* [95] y que solamente en esa mirada de tal amplitud encuentra su sentido pleno.

Esa misión a la que el Rey Eternal llama no puede, además, llevarse a cabo de cualquier modo. La identificación, si es verdadera, tendrá que dar lugar a un sentir, pensar, valorar como aquel con el que se lleva a cabo la identificación. Es necesario acomodarse a un estilo, a un modo de pensar, a unos planteamientos de vida, que son los propios de aquél a quien se sigue. *Ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir, etc.* [93-95]. Esa es la ley estructural del seguimiento: hacerlo “como” Jesús: *quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria.*

Y es así, como tendrá lugar esa “identificación simbólica”, diferente de la imaginaria de la que anteriormente la diferenciábamos. En ésta, según hemos visto, el sujeto queda atrapado en un juego de espejos donde falta toda referencia al exterior, viniendo a quedar sumergido en una ilusoria omnipotencia narcisista. En la “identificación simbólica”, sin embargo, aunque parta de una aspiración que necesariamente implica las dimensiones narcisistas de la personalidad, el sujeto es capaz de transitar hacia una superación de ese narcisismo inicial por la implicación con unos valores que exceden al propio yo. Así se deja ver claramente en el mismo proceso personal seguido por Ignacio. Si en los inicios de la conversión es un “Yo Ideal” el que se deja ver en sus anhelos de imitar la vida de los santos (*¿qué sería, si yo hiciese esto que hizo San Francisco, y esto que hizo Santo Domingo?*⁶) ese narcisismo se irá abriendo paso hacia un “Ideal del Yo”, en el que ya serán otros valores, ajenos a la propia fantasía de santidad, los que van a jugar como dinamizador de su conducta. Un compromiso con las realidades históricas y eclesiales de su tiempo tomarán el relevo de aquellas ensoñaciones primeras de carácter tan marcadamente narcisistas.

La historia de la espiritualidad no siempre estuvo atenta a estas diferentes dinámicas en sus propuestas de seguimiento de Jesús. Efectivamente, en los diversos modos que caben establecerse los lazos y vinculaciones con su persona caben enormes tergiversaciones psíquicas y espirituales. Más en particular, han sido importantes las trampas tendidas por

⁶ *Autobiografía 7.* A ese tránsito del Yo Ideal al Ideal del yo en Ignacio, me referí en el estudio “Ignacio de Loyola a la luz del psicoanálisis”: *Proyección* LIII (2006) 25-56, en especial 35-37.

“*Quien quisiere venir conmigo...*” (EE 95, 1º). *La configuración psicosocial de la identidad*

el narcisismo y sus idealizaciones más infantiles (por no hablar de las que han pretendido ocultar lazos de carácter directamente eróticos)⁷.

3. Problemas actuales en torno a la identificación.

Como ya adelantábamos al principio, no es el tema de la identificación como proceso de construcción de la propia identidad donde podemos encontrar una disonancia entre la antropología que subyace al texto ignaciano de los Ejercicios y la antropología que late y opera en nuestros entornos socioculturales. Ayer como hoy, los procesos de identificación juegan un papel determinante en la construcción personal de cada sujeto y no contamos con otro medio para la elaboración de esa identidad que todos necesitamos conferirnos.

El problema habría que situarlo más bien en los tipos de identificación que deben entrar en juego en el proceso de Ejercicios y su disonancia con los que se propulsan mayoritariamente en nuestro entorno sociocultural. Y como ya hemos señalado, el problema no se sitúa tanto en las figuraciones simbólicas particulares que Ignacio propone conforme a las coordenadas sociopolíticas de su época (la figura del Rey), sino en el modo de identificación que a través de ella se propone y su viabilidad con las que juegan en nuestros días.

La propuesta ignaciana pretende movilizar al ejercitante en un dinamismo de compromiso que, a través de su identificación con Jesús, desemboca en un proyecto de carácter universal: *mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre* [95]. En todo el proceso de discernimiento y elección el ejercitante tendrá que averiguar el modo y manera particular con el que Dios desea que lleve a cabo esa implicación personal en respuesta a la llamada del Rey Eternal.

La pregunta surge sobre las posibilidades de movilizar hoy día en tal dirección; es decir, en un modo de identificación con alguien que propone de modo tan claro y explícito un compromiso que trasciende con mucho los intereses del

¿Identificarse con alguien como Jesús cuya propuesta trasciende con mucho los intereses del propio yo?

⁷ En la obra *Psicodinámica de los Ejercicios Ignacianos* (Mensajero-Sal Terrae, Bilbao-Santander 2003) apliqué esta diferenciación a las propuestas espirituales de imitación o seguimiento de Jesús. Cf. páginas 245-250.

propio yo. Para responder a la cuestión se hace obligado llevar a cabo una serie de reflexiones sobre los modelos de identificación que cobran mayor vigencia en la posmodernidad.

No vamos a entrar aquí en una descripción detallada de los rasgos característicos de la llamada posmodernidad ya, de alguna manera, bien conocidos por todos. Pero sí habrá que tener en consideración lo que ésta onda socio cultural supone de cara a la formación identitaria de nuestros días. Y, ciertamente, uno de los rasgos que caracterizan a nuestras sociedades occidentales posmodernas y que marca de manera decisiva la dinámica colectiva es el de la ausencia de unos proyectos colectivos, con la consiguiente exaltación del individualismo⁸.

Esto supone que los nuevos modos de construir la identidad, a diferencia de lo que podía acaecer en las sociedades tradicionales, "holistas" (de carácter global y poco diferenciado), se ven confrontados a esgrimirse con toda una serie casi infinita de solicitudes, que necesariamente dificultan la integración personal. En la época de Ignacio, y durante bastante tiempo después, no eran grandes las dificultades para elaborar la identidad a partir de un núcleo interno de convicciones (religiosas, éticas, ideológicas) que se presentaban de modo bastante monolítico ante los sujetos. Pero actualmente hemos de ensayar otros modos para la construcción de la identidad y para la resolución de sus ineludibles momentos de crisis. Es más difícil ahora encontrarla a través de un núcleo unitario de referencias ideales, sean en el campo político, ético o religioso. De ahí, que esa identidad venga a construirse más bien como una especie de membrana extensa y dúctil hasta donde sea posible. Una identidad, pues, marcada por un enorme sentido de lo pragmático, con una escasa propensión a fanatismos ideológicos, pero también con una importante desafección en los campos de la religión o el compromiso social y político, y con una notable predisposición a mostrarse favorable y cambiante ante los mil influjos comunicativos e informativos que la sociedad ofrece⁹.

Si este nuevo modo de identidad tuviera un núcleo último, éste bien podría ser el de la propia libertad, pues los valores han dejado de estar orientados por las fuentes de las instituciones y encuentran su centro

⁸ Cf. G. LIPOVETSKY, *La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo*, Anagrama, Barcelona 1986.

⁹ Particularmente lúcido a este respecto es Z. BAUMAN en sus análisis de la posmodernidad. La precariedad -nos hace ver- se convierte en un signo de nuestro tiempo, sin posibilidad de que nada eche raíz. Cf. *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*, F.C.E., Madrid 2006 y *Vida líquida*, Paidós, Barcelona 2007.

“*Quien quisiere venir conmigo...*” (EE 95, 1º). *La configuración psicosocial de la identidad*

esencialmente en el propio sujeto y en sus aspiraciones individuales. Esta individualización de los valores hace que la dinámica de nuestros días se centre fundamentalmente en las relaciones primarias, tales como las personales, sexuales y de pareja; con una conciencia, a veces exacerbada, de las libertades personales y de los derechos individuales en todas estas áreas¹⁰. En alguna medida, se podría afirmar que ya no se trata tanto de “ser como”, sino más bien de “ser lo que soy”¹¹.

Nos encontramos así fácilmente con lo que Erikson denominó síndrome de *difusión de identidad o identidad difusa*¹². Una situación en la que el sujeto acaba ignorando quién es o hacia dónde va, en muchas ocasiones incluso con una expresión dramática en la ausencia de objetivos y en la apatía, en la incapacidad de esforzarse con cierta intensidad o durante un tiempo prolongado en una determinada dirección, en la dificultad para decidir o para comprometerse con las propias decisiones, etc. En esa situación de *identidad difusa* nos encontramos con una especie de barco vacío mecido por las aguas. Estas características, relativamente frecuentes y hasta cierto punto normales al principio de la adolescencia, pueden prolongarse impidiendo una adecuada autorrealización en edades posteriores.

Evidentemente, todo esto plantea una serie de problemas serios de cara a la construcción de una identidad mínimamente sólida, imprescindible para acometer un proceso como el de Ejercicios. Es un hecho que el sujeto humano se va construyendo a sí mismo y va configurándose en su identidad a través de las diversas opciones que va llevando a cabo a lo largo de su existencia. De alguna manera, nos construimos a partir y a través de las decisiones vitales que vamos tomando y que van marcando una dirección concreta, particular, única, a nuestra vida. Vamos haciendo *camino al andar*. Un camino que va tomando dirección precisamente por los compromisos personales que se van asumiendo y que comportan, de modo ineludible, la renuncia a otras posibles direcciones alternativas.

Pero el hecho es que, junto a la escasez de proyectos colectivos, hoy nos encontramos con unas posibilidades tales de elección en todos los ámbitos, que dificultan de modo muy importante la toma de decisiones y, desde ahí, se da lugar a un bloqueo y paralización en el desarrollo y

¹⁰ Cf. ANDRÉS ORIZO, F. *Sistemas de valores en la España de los 90*, CIS, Madrid 1996.

¹¹ Son muchos los estudios que muestran que una buena parte de nuestros jóvenes desechan o muestran un elevado nivel de escepticismo respecto los modelos de identificación que los adultos les proporcionan, junto con una actitud de descreimiento masivo en las instituciones.

¹² *Las ocho edades del hombre*, Hormé, Buenos Aires 1993; *El ciclo vital completado*, Paidós Ibérica, Barcelona 2003.

construcción de la identidad. La dificultad para comprometerse en la vida con la toma de decisiones que comporten cierta radicalidad y, sobre todo, definitividad, se acrecientan de modo alarmante.

Según J. E. Marcia, autor que destaca en las investigaciones empíricas realizadas a partir de la teoría de E. Erikson, entre las áreas en las que ese compromiso identitario toma cuerpo se encuentra, en primer lugar, la de la filosofía de la vida (que incluiría la religión, la política y los valores en general)¹³, de manera que el logro de una sana identidad o la exclusión o la moratoria de la misma dependerá en muy buena medida del modo en el que el sujeto se vincule y comprometa con determinadas posiciones en esos campos de la religiosidad, la política, la formación académica, etc.

*Los jóvenes de hoy
muestran una clara
tendencia (preferencia)
a involucrarse en
instancias afectivas y
relacionales*

Y a este respecto, no deja de resultar significativo que, dentro de este amplio espectro de vinculaciones y compromisos en los que se elabora la construcción de la identidad, los jóvenes de hoy muestren una clara tendencia a involucrarse preferentemente en instancias afectivas y relacionales (familiares, amistosas o eróticas), mientras que las relaciones y actitudes respecto a las instituciones (académicas, políticas, religiosas, etc.) generen más fácilmente actitudes de recelo, desconfianza o, incluso, menosprecio.

En efecto, según el último informe sobre la juventud española, que cada cuatro años publica el Instituto de la Juventud (INJUVE), los jóvenes españoles no parecen manifestar grandes preocupaciones vitales y se encaminan en la búsqueda de la felicidad fundamentalmente a través de la armonía de sus relaciones interpersonales con los amigos, la pareja y la familia, así como en una enorme predilección por el mundo de las nuevas tecnologías¹⁴.

Son los valores del mercado, de la competencia, de la productividad y el pragmatismo los que esencialmente van configurando las identidades, dejándose de lado o minimizándose las que presentan un perfil social o comunitario. El consumo se constituye así en uno de los princi-

¹³ Cf. J. E., MARCIA, "Development of Ego Identity Status": *Journal of Personality and Social Psychology* 3 (1966) 551-558; "Identity six years after: A follow-up study": *Journal of Youth and Adolescence* 5 (1976) 145-160.

¹⁴ La media de conexión a Internet es de nueve horas semanales. Cf. VI Informe "Juventud en España", correspondiente al año 2004 del Instituto de la Juventud (INJUVE) www.mtas.es/injuve.

“*Quien quisiere venir conmigo...*” (EE 95, 1º). *La configuración psicosocial de la identidad*

pales procedimientos de identificación y el poseer, consumir, e incorporar se presentan como las vías más directas para el logro de la felicidad y la libertad¹⁵.

Por otra parte, las exigencias (con una carga que, a veces, dejan pequeñas a las de las antiguas ascéticas religiosas) se desplazan en buena medida hacia el polo de la imagen, de la belleza corporal, del prestigio de la “marca”, en la que el sujeto queda reducido a su mera apariencia física. Tener un cuerpo bien trabajado, ser fuertes, bellos, poderosos y tener éxito a costa de lo que sea es la meta que preside buena parte de los procesos identitario de nuestros días¹⁶.

4. Disonancias antropológicas.

Frente a estas propuestas de identificación que rigen en buena parte de nuestras sociedades la interrogación que se nos plantea es la de si una invitación como la que Ignacio pone en boca del Rey Eternal podría enraizar en la sensibilidad de los hombres y mujeres de nuestros días.

La contemplación del Rey Temporal nos hace ver que Ignacio pretende impulsar la identificación con la persona de Jesús partiendo de una realidad que el ejercitante puede fácilmente visualizar. Sabe Ignacio que tan sólo arrancando de la realidad que tenemos ante los ojos, y no desde unos etéreos ideales, es desde donde disponemos de la mejor pista de arranque para alcanzar los propósitos que la vida espiritual propone. Por eso, cuando se aborda el objetivo de favorecer la identificación con la persona de Jesús, parte de una situación que el ejercitante de su tiempo podía considerar como algo visible en su mundo y entorno socio cultural.

De ahí, que sea el llamamiento de un Rey temporal el que sirve de puente y ayuda para *contemplar la vida del rey eternal*. [91]. El ejercitante es invitado entonces a poner delante de sí, mediante un ejercicio de imaginación, a *un rey humano* [92] cuya voluntad es la de *conquistar toda la tierra de infieles* [93]. Un Rey humano que, en el contexto socio-cultural y sociopolítico del tiempo de Ignacio, podía muy bien ser propuesto como modelo de líder, con capacidad de movilizar los mejores deseos de muchas personas.

¹⁵ Cf. N. GARCÍA CANCLINI, *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, Grijalbo, México1995.

¹⁶ Recientemente se desató toda una importante polémica por la campaña publicitaria de Nike en algunos países que aconsejaba del siguiente modo: *Trata a tu enemigo con respeto. Aplástalo rápidamente.*

Ese Rey presenta un proyecto colectivo, universal, e invita a un compromiso de grandes exigencias y en el que quedan supeditados los puros intereses personales. Esa es la esencia de la propuesta y de la metáfora. Se trata de promover un descentramiento del sujeto, una sensibilización a la alteridad, que refleja el amor de ese Dios trinitario que desea *hacer redención* del género humano. Un proyecto, pues, con el que Ignacio piensa que puede movilizar las dimensiones más idealistas y utópicas de la personalidad y cuyo rechazo, además, acarrearía la vergüenza y daría lugar a un sano sentimiento de culpabilidad: *si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero* [94].

Evidentemente, sería muy difícil hoy día movilizar a nuestros ejercitantes con una analogía de tal tipo si tenemos en cuenta nuestro contexto sociocultural. No ya por la referencia sociopolítica particular de la monarquía, sino como referencia análoga a un liderazgo que movilizara el compromiso con un proyecto de carácter colectivo y que implicara asumir una responsabilidad, cuyo rechazo tuviera además la fuerza de provocar la vergüenza y la culpa.

Eran figuras quijotescas como la de Amadís de Gaula, idealistas, justicieras y altruistas las que jugaban en el ambiente de la época de Ignacio despertando sueños ideales de identificación. No contamos con tal tipo de modelos en nuestros días. Más bien encontramos hoy las referencias ideales en figuras como David o Victoria Beckham o como el poderoso Bill Gates. Es decir, figuras que remiten a un prestigio deslumbrador ganado por el cuerpo y el glamour o al éxito del dinero y el poder social. El Yo, en un caso u otro, se alza como paradigma ideal predominante de nuestros días. Un Yo y una dinámica narcisista, que si bien juega siempre de un modo u otro en los procesos de identificación (también el Ignacio que pretendía ser un caballero al tipo de Amadís estaba dinamizado por un ideal narcisista de grandeza, éxito y prestigio social), hoy parecen detenerse en la imagen especular, sin propiciar el tránsito desde un “Yo Ideal” al de un “Ideal del Yo”, conforme hemos venido explicando.

Son escasos los modelos sociales que remitan a proyectos colectivos, altruistas, ni a compromisos cuyo rechazo pudieran avergonzar a alguien. Los modelos sociales de nuestros días remiten más al éxito, como realización de aspiraciones meramente individuales. Son, como venimos viendo, los héroes deportivos, de la *beautiful people* o del mundo de los negocios, los que se admiran y se procuran imitar. Y aquellos otros que remiten o parecen invitar a una consagración de la vida en

“Quien quisiere venir conmigo...” (EE 95, 1º). La configuración psicosocial de la identidad

favor de los demás, son, cuando más, admirados, pero difícilmente mueven a la identificación configuradora de sí mismo y, menos aún, a la vergüenza y sentimiento de culpabilidad. Hoy nadie es “vituperado” por no seguir el ejemplo de un Óscar Romero o una Teresa de Calcuta. Se entiende que no todos están para renunciar a tanto como nuestra sociedad capitalista y de consumo nos ofrece.

Así pues, la identificación continúa siendo y será siempre un mecanismo psíquico fundamental en la configuración de lo que somos. Pero esa identificación, como estructura antropológica, se ve condicionada por unas referencias provenientes del campo sociocultural que, en nuestros días, son muy diversas a las que operaban en el momento en el que Ignacio lleva a cabo su propuesta.

Así pues, la contemplación del Rey Temporal deja ver esa estructura antropológica básica y válida para todo tiempo: la de la identificación que promueve y configura al sujeto y, al mismo tiempo tenemos que admitir que la propuesta ignaciana puede encontrar hoy unas particulares dificultades habida cuenta de las modalidades identitarias que juegan en nuestros días.

Pero quizás tampoco debemos olvidar que esas disonancias de identificación han estado siempre presentes en toda proclamación del mensaje evangélico. Dicho mensaje, por esencia, chocó constantemente de modo frontal con las propuestas del “mundo”: La luz *vino a su casa pero los suyos no la recibieron* (Jn 1,11). Las bienaventuranzas supusieron y suponen una propuesta que jugó siempre a contracorriente de las convicciones más profundamente arraigadas por cualquier tipo de sistema social. En los tiempos de Jesús, en los de Ignacio y en los de ahora. Pero cada época parece presentar sus particulares facilitaciones y sus barreras específicas para que la semilla que cae en tierra llegue a fructificar. En la nuestra, las dificultades parecen venir acentuadas por la exaltación narcisista que impide el descentramiento, la renuncia a cualquier proyecto utópico y el escepticismo ante todo modelo de identificación que lo proponga.

Otros elementos de nuestro mundo pueden jugar, sin embargo, a favor y no convendría minusvalorarlos: quizás hoy podamos ganar una mayor conciencia y sensibilidad de la necesidad de “redención” que reclama el género humano. El fenómeno de la mundialización y los medios de comunicación de los que hoy disponemos nos ofrecen, sin duda, una inmensa posibilidad de conocer mejor la “redondez” de nuestro planeta y de sensibilizarnos ante *lo que hazen las personas sobre la haz de la tierra, así como herir, matar, ir al infierno...*[108] De esa mayor concien-

cia del daño, muerte y autodestrucción que tienen lugar ante nuestros ojos, surgen también búsquedas de sentido, a veces de las más variopintas y en ocasiones, incluso, bastante esotéricas y extravagantes; pero búsquedas de sentido ante las que hay que mantener una actitud de escucha atenta. En ellas probablemente se están expresando las urgencias de “redención” de un mundo despaisajado de valores, de proyectos y de válidas referencias de identificación.

*Siempre será verdad
que los vínculos
amorosos pueden
transformar a las
personas sea cual sea
su contexto...*

Insistir, pues, en esta aproximación sentida a los grandes males de nuestro mundo, favorecer la identificación con los que sufren, abrir los ojos a las brutales injusticias y dinamismos de muerte que rigen en nuestra sociedad, todo ello contribuirá favorablemente a reducir las tendencias narcisistas que hoy pueden jugar en contra de la identificación con el Rey Eternal.

Siempre será verdad, por otra parte, que los vínculos amorosos pueden transformar de modo muy sustancial a las personas, sea cual sea el contexto sociocultural en el que se desenvuelvan. Entonces, en la medida en la que la figura de Jesús vaya ganando el corazón del ejercitante en la *contemplación y misterios de la vida de nuestro Señor*, se irá haciendo posible también hoy esa identificación con su persona, así como la respuesta comprometida cuando le oigan decir: *quien quisiere venir conmigo...* [95].